

¿La “tercera ola” del andalucismo?

Está de moda, y más aún tras el éxito electoral de Adelante Andalucía, decir que estamos en “la tercera ola” del andalucismo. Pienso que es una expresión errónea y desafortunada, sobre todo si tiene una intención predictiva, porque las olas van y vienen sin consolidar nada, salvo quizá la exhibición de algunos hábiles surfistas. Además, si pretendemos ser serios, habría que señalar no tres sino cuatro periodos o etapas en el despliegue del andalucismo.

La primera etapa se desarrolló, al igual que en otros pueblos del estado español y del mundo, en el último tercio del siglo XIX cuando cristalizó la idea de que los pueblos-naciones --definidos como tales por su historia, su cultura y su voluntad colectiva-- tienen derecho a decidir libremente, por sí mismos, los instrumentos para autogobernarse. Aquí, fue esta una etapa de análisis y reivindicación de elementos centrales en nuestra cultura que culminaría en el ámbito político con el proyecto de Constitución para Andalucía presentado en Antequera en 1883. Su artículo primero define a Andalucía como “soberana y autónoma”, afirmando que ningún poder externo a ella está legitimado para impedir este derecho.

La segunda etapa fue la del conocido como “andalucismo histórico”, con Blas Infante como referente central. No fue una ola sino un movimiento político-cultural que se extendió desde la segunda década del siglo XX hasta el golpe de estado militar-fascista de 1936. Infante consiguió sintetizar en un cuerpo teórico coherente las tres dimensiones del andalucismo: la histórico-cultural --Andalucía como sujeto de un proceso histórico singular que ha generado una cultura propia--, la social --los bienes comunes de nuestro territorio, en especial la tierra, no pueden ser privatizados porque de su apropiación resultan desigualdades bárbaras--, y la política --asumiendo explícitamente la Constitución soberanista de Antequera y planteando una construcción confederal de la propia Andalucía, de Iberia y de la “sociedad de naciones” que integran la Humanidad--. Su nacionalismo solidario con otros pueblos (un *nacionalismo internacionalista*) y su afirmación de que en Andalucía nadie es extranjero dejan fuera del andalucismo cualquier deriva xenófoba o excluyente.

La tercera etapa se desarrolló principalmente en la denominada “transición política” (entre 1974 y 1982) y tuvo tres expresiones principales: masivas manifestaciones exigiendo autogobierno el 4 de Diciembre de 1977 y 1979, triunfo en las urnas el 28 de febrero de 1980 para conseguir una autonomía de primer grado (aunque luego este objetivo quedaría frustrado) y existencia de organizaciones político-electorales de exclusivo ámbito andaluz, en especial el PSA (luego PA). La eclosión electoral de este partido no se explica sin la presencia de un previo andalucismo cultural que rescató la significación de algunos de nuestros referentes identitarios y generó visiones críticas respecto a la situación de Andalucía. Como tampoco puede entenderse su larga decadencia y desaparición final sin tener en cuenta, entre otras razones, la actuación de dirigentes de ego desmedido --verdaderos surfistas-- que patrocinaron políticas erráticas cada vez más indefinidas en el eje izquierda-derecha.

Estamos hoy ante una cuarta etapa del andalucismo, tanto cultural, con formas renovadas, como político-electoral, con una nueva organización: Adelante Andalucía. De cómo sepa superar esta su inicial heterogeneidad interna, lograr enraizarse social y

territorialmente y avanzar en una línea nítidamente soberanista y de izquierda va a depender que sea esta una etapa de consolidación del andalucismo político o se trate de una ola, sin duda espectacular pero, como tal, pasajera. Es esta la disyuntiva.

ISIDORO MORENO
Catedrático emérito de Antropología